

W. SOMERSET MAUGHAM

El estrecho rincón



Todo transcurre en Oriente, en un archipiélago de islas exóticas envueltas por el cálido sopor de lo inasible, espacio que parece un sueño al mismo tiempo que muestra el duro rostro de la cotidianidad, donde una serie de peculiares personajes encuentran su destino.

En esta novela, como en muchas otras de Somerset Maugham, su inteligencia y su agudo sentido del espíritu humano se confunden con la belleza de su poder narrativo. «El estrecho rincón» es un lugar improbable donde la vida decide manifestarse con todos sus colores. El maestro de ceremonias es el Dr. Saunders, una especie de «extranjero», totalmente amoral, un simple espectador que presencia en los otros el violento transcurrir de las pasiones humanas. Frente a él discurren personajes que representan la variada gama de caracteres que existe en la vida de todos los días. Y lo que el Dr. Saunders observa es una intrincada estampa existencial donde el amor, la bondad, la traición, la belleza y la más cruda rapiña se entrelazan haciendo de este libro una experiencia fascinante. Al final sólo queda la certeza de que la más cruda realidad no deja de ser un malentendido o, en el mejor de los casos, una simple ilusión.

*Breve entonces, es la vida del hombre y estre-
cho es el rincón de la tierra en el que mora*

1

Todo esto ocurrió hace bastantes años.

2

El Dr. Saunders bostezó. Eran las nueve de la mañana. Tenía todo el día por delante y no tenía absolutamente nada por hacer. Ya había visto a unos cuantos pacientes. No había doctor en la isla y a su llegada todo el que tuviera algún problema aprovechaba la oportunidad para consultarlo. Pero el lugar no era insalubre y los padecimientos que se le pedía que curara o eran crónicos y poco podía hacer, o eran naderías y respondían rápidamente a remedios simples. El Dr. Saunders había ejercido durante quince años en Fu-chou y había adquirido una gran reputación entre los chinos por su destreza para lidiar con las enfermedades que afectan al ojo, y había venido a Takana para remover una catarata de un rico comerciante chino. Ésta era una isla en el Archipiélago Malayo, bastante lejana, y la distancia desde Fu-chou era tal que al principio se había negado a ir. Pero el chino, llamado Kim Ching, era nativo de esa ciudad y dos de sus hijos vivían ahí. Conocía bien al Dr. Saunders, y en sus periódicas visitas a Fu-chou lo había consultado debido a su deteriorada vista. Había oído cómo el doctor, mediante lo que parecía ser un milagro, hacía que los ciegos vieran, y cuando en su momento se vio a sí mismo en una condición tal que tan sólo podía distinguir el día de la noche, no estaba dispuesto a confiar en nadie más para que le practicara la operación que le aseguraban le devolvería la vista. El Dr. Saunders le había aconsejado ir a Fu-chou

cuando aparecieran ciertos síntomas, pero se había demorado, temiendo el bisturí del cirujano, y cuando finalmente no pudo ya distinguir un objeto de otro, la larga travesía lo puso nervioso y ordenó a sus hijos que convencieran al doctor de que fuera a verlo.

Kim Ching había empezado su vida como un culi, pero mediante trabajo duro y valentía, ayudado por la buena suerte, la astucia y la falta de escrúpulos, había acumulado una gran fortuna. En ese momento, a sus setenta años, poseía grandes plantaciones en varias islas; sus propias goletas pescaban en busca de perlas, y comerciaba extensamente todos los productos del archipiélago. Sus hijos, ellos mismos hombres de mediana edad, fueron a ver al Dr. Saunders. Eran sus amigos y pacientes. Dos o tres veces al año lo invitaban a una gran cena, donde le daban sopa de nido de golondrina, aletas de tiburón, *bêche de mer* y varios manjares más; jóvenes cantantes contratadas a un alto precio entretenían a la compañía con sus interpretaciones, y todo el mundo se emborrachaba. A los chinos les agradaba el Dr. Saunders. Hablaba el dialecto de Fu-chou fluidamente. No vivía, como el resto de los extranjeros, en el asentamiento europeo, sino en el corazón de la ciudad china; permanecía ahí año con año y se habían acostumbrado a él. Sabían que fumaba opio, aunque con moderación, y sabían lo demás que podía saberse sobre él. Les parecía un hombre sensible. No les molestaba que los extranjeros de la comunidad lo rechazaran. Nunca iba al club más que para leer los diarios cuando llegaba el correo, y nunca lo invitaban a cenar; tenían a su propio médico inglés y sólo llamaban al Dr. Saunders cuando el otro estaba de vacaciones. Pero cuando tenían algún problema con los ojos guardaban su desaprobación en los bolsillos e iban a tratarse a la maltrecha y pequeña casa china al otro lado del río en la que el Dr. Saunders vivía felizmente entre los hedores de una ciudad de nativos. Miraban a su alrededor con disgusto mientras se sentaban en lo que era tanto el consultorio del

doctor como su sala. Estaba amueblado al estilo chino a excepción de un escritorio plegable y un par de mecedoras en muy mal estado. En las despintadas paredes los pergaminos chinos, regalados por agradecidos pacientes, contrastaban extrañamente con el pedazo de cartón en el que estaban estampadas en diferentes tamaños y combinaciones las letras del alfabeto. Siempre les daba la impresión de que flotaba por la casa ligeramente el acre olor del opio.

Pero esto no lo advirtieron los hijos de Kim Ching, y de haberlo hecho no los habría incomodado. Cuando terminaron los usuales saludos y el Dr. Saunders les hubo ofrecido cigarrillos de una lata verde, le expusieron su asunto. Su padre les había encomendado que le dijeran que ahora, demasiado viejo y demasiado ciego para hacer el viaje a Fu-chou, deseaba que el Dr. Saunders fuera a Takana a realizar la operación que hacía dos años había dicho era necesaria. ¿A cuánto ascenderían sus honorarios? El Dr. Saunders negó con la cabeza. Tenía muchos pacientes en Fu-chou y estaba fuera de toda posibilidad que se ausentara por algún periodo de tiempo. No veía razón alguna para que Kim Ching no fuera ahí; podía ir en una de sus propias goletas. Si eso no le iba bien podía conseguir un cirujano de Macassar, perfectamente calificado para realizar la operación. Los hijos de Kim Ching, hablando con gran elocuencia, explicaron que su padre sabía que no había nadie que pudiera llevar a cabo los milagros que el Dr. Saunders podía, y que estaba decidido a que nadie más que él lo tocara. Estaba dispuesto a doblar la cantidad que el doctor calculara que podía ganar en Fu-chou durante el periodo que estaría fuera. El Dr. Saunders seguía negando con la cabeza. Entonces los dos hermanos se miraron y el mayor sacó de un bolsillo interior una gran y raída billetera de piel negra, rebosante con billetes del Chartered Bank. Los colocó frente al doctor, mil dólares, dos mil dólares; el doctor sonrió y sus agudos y vivaces ojos centellearon; el chino seguía

colocando los billetes; los dos hermanos también sonreían, congraciándose, pero mirando atentamente el rostro del doctor y en ese momento fueron conscientes de un cambio en su expresión. No se movía. Sus ojos mantenían su tolerante buen humor, pero sintieron en sus entrañas que su interés se había despertado. El hijo mayor de Kim Ching se detuvo y lo miró inquisitivamente.

—No puedo dejar a mis pacientes por tres meses enteros —dijo el doctor—. Que Kim Ching consiga a uno de los doctores holandeses de Macassar o de Amboina. Hay uno en Amboina que es muy bueno.

El chino no respondió. Puso más billetes en la mesa. Eran billetes de cien dólares y los colocaba en pequeños montones de diez. La billetera era menos gruesa. Colocó los montones uno junto al otro y al final había diez de éstos.

—Detente —dijo el doctor—. Con eso es suficiente.

3

Fue un viaje complicado. De Fu-chou se fue en una embarcación china a Manila, en Filipinas, y de ahí, tras esperar unos cuantos días, en un carguero a Macassar. Allí se embarcó en la nave holandesa que iba cada dos meses a Merauke, en Nueva Guinea, deteniéndose en varios lugares en el camino, y así finalmente llegó a Takana. Viajaba con un muchacho chino que hacía de su sirviente, le daba anestésicos cuando lo requería y le preparaba sus pipas cuando fumaba opio. El Dr. Saunders le practicó una operación exitosa a Kim Ching, y ahora no tenía nada que hacer más que sentarse a jugar con sus pulgares hasta que la embarcación holandesa llegara de regreso de Merauke. La isla era bastante grande, pero estaba aislada y el *régisseur* holandés la visitaba sólo de vez en cuando. El gobierno estaba representado por un mestizo javanés, que no hablaba inglés, y por unos cuantos policías. La ciudad consistía en una sola calle con tiendas. Dos o tres eran propiedad de árabes de Bagdad, pero el resto de chinos. A una distancia de diez minutos caminando desde la ciudad había una pequeña posada donde el *régisseur* se hospedaba en sus visitas periódicas, y ahí se había instalado el Dr. Saunders. El camino que conducía a ella continuaba por plantaciones durante cinco kilómetros y después se perdía en la selva virgen.

Cuando el barco holandés llegaba, había cierta animación. El capitán, uno o dos de los oficiales y el principal ma-

quinista desembarcaban, al igual que los pasajeros, si es que había alguno, y se sentaban en la tienda de Kim Ching y bebían cerveza, pero nunca se quedaban más de dos o tres horas y cuando volvían al bote que los regresaba remando, el pequeño pueblo volvía a dormir. El Dr. Saunders se encontraba ahora en la entrada de esta tienda. Había una marquesina de ratán que la protegía del sol, pero en la calle éste pegaba con un intenso resplandor. Un perro sarnoso olisqueaba una asadura sobre la cual un enjambre de moscas zumbaba, buscando algo de comer. Dos o tres gallinas deambulaban por la calle y una de ellas, agachada, sacudía sus plumas en el polvo. Fuera de la tienda de enfrente un niño chino desnudo y con una pronunciada barriga trataba de hacer un castillo de arena con el polvo de la calle. Las moscas volaban a su alrededor, posándose sobre él, pero no le importaba, y absorto en su juego no intentaba ahuyentarlas. Después pasó un nativo, con nada encima más que un decolorado sarong^[1], y llevaba dos cestas con caña de azúcar colgadas en ambos lados de un palo balanceado sobre un hombro. Arrastrando los pies, levantaba el polvo mientras caminaba. En el interior de la tienda un dependiente, inclinado sobre una mesa, estaba ocupado con pincel y tinta, escribiendo algún documento en caracteres chinos. Un culi sentado en el suelo liaba cigarrillos y los fumaba uno tras otro. Nadie entraba a comprar. El Dr. Saunders pidió una cerveza. El dependiente abandonó su escritura y fue al fondo de la tienda, tomó una botella de un balde de agua y se la llevó al doctor junto con un vaso. Estaba placenteramente fría.

El tiempo pasaba con algo de lentitud para el doctor, pero no estaba descontento. Lograba entretenerse con pequeñas cosas, y el perro sarnoso, las delgadas gallinas y el niño barrigón lo divertían. Bebió su cerveza lentamente.

4

Alzó la mirada. Dio un grito de exclamación, ya que ahí, caminando hacia él, en medio de la polvorienta calle, había dos hombres blancos. No había ningún barco y se preguntaba de dónde habían salido. Caminaban perezosamente, mirando hacia ambos lados, como extranjeros que visitaban la isla por vez primera. Iban mal vestidos, con pantalones y camiseta. Sus topis^[2] estaban sucios. Se acercaron, lo vieron sentado en la tienda abierta y se detuvieron. Uno de ellos se dirigió a él.

—¿Es éste el lugar de Kim Ching?

—Sí.

—¿Está él?

—No, está indispuerto.

—Mala tarde. Supongo que podemos beber algo.

—Claro que sí.

El que hablaba se dirigió a su acompañante.

—Pasa.

Entraron.

—¿Qué quieren beber? —preguntó el Dr. Saunders.

—Una cerveza para mí.

—También para mí —dijo el otro.

El doctor dio la orden al culi. Trajo cervezas y sillas para que los forasteros se sentaran. Uno de ellos era de edad mediana, con un rostro amarillento y arrugado, cabello y un poblado bigote blancos. Era de estatura mediana, enjuto, y

cuando hablaba mostraba unos dientes horriblemente cariosos. Sus ojos eran astutos e incansables. Eran pequeños y claros y algo juntos, lo que le daba un aspecto de zorro, pero sus modales eran agradables.

—¿De dónde vienen? —preguntó el doctor.

—Acabamos de llegar en un lugre. De Thursday Island.

—Un buen camino. ¿Buen clima?

—Inmejorable. Una agradable brisa y mar en calma. Mi nombre es Nichols. Capitán Nichols. Tal vez ha oído hablar de mí.

—Me temo que no.

—Navego estos mares hace treinta años. No hay una isla en el archipiélago en la que no haya estado alguna vez. Soy muy conocido por aquí. Kim Ching me conoce desde hace veinte años.

—Yo tampoco soy de aquí.

El capitán Nichols lo miró, y aunque su rostro era abierto y su expresión cordial, quedaba la sensación de que había sospecha en su mirada.

—Su cara me parece conocida —dijo—. Podría jurar que lo he visto en alguna parte.

El Dr. Saunders sonrió pero no dio ninguna información sobre su persona. El capitán Nichols entornó los ojos haciendo un esfuerzo por recordar dónde se había topado con este hombrecito. Escudriñó su rostro atentamente. El doctor era de baja estatura, apenas rebasaba el metro sesenta y cinco, y delgado, pero con algo de panza. Sus manos eran suaves y regordetas, pero eran pequeñas, con dedos alargados; si alguna vez fue vanidoso era posible suponer que estuvo satisfecho con ellas. Aún conservaban una cierta elegancia de buena cuna. Era feísimo, con nariz respingona y una gran boca; cuando reía, cosa que a menudo hacía, podían verse unos grandes, amarillos y disparejos dientes. Bajo sus abundantes cejas grises sus ojos verdes resplandecían brillantes, divertidos e inteligentes. No estaba muy bien afeitado y su piel tenía manchas. Era de un co-

lor rosáceo que sobre los pómulos se difuminaba en un rubor violeta. Sugería alguna añeja afección del corazón. Su cabello alguna vez debió de ser grueso, negro y basto, pero ahora era casi blanco y muy delgado en la coronilla. Pero su fealdad, lejos de ser repelente, era atractiva. Cuando reía, su piel se fruncía en torno a los ojos, dando a su rostro una infinita vivacidad, y su expresión estaba cargada de una extrema pero no maligna malicia. Podría tomársele por un bufón, de no ser por la sagacidad que destellaban sus brillantes ojos. Su inteligencia era manifiesta. Y aunque era alegre y listo, amante de las bromas y afecto tanto a las suyas como a las de los demás, dejaba la impresión de que, incluso en el abandono de la risa, nunca se entregaba del todo. Parecía estar en guardia. Pese a que era muy conversador y de modales muy cálidos, uno era consciente (si era observador y no se dejaba llevar por su superficial franqueza) de que esos alegres y risueños ojos estaban observando, sopesando, juzgando y formándose una opinión. No era un hombre que tomara las cosas por su apariencia.

Puesto que el doctor no habló, el capitán Nichols prosiguió:

—Este es Fred Blake —dijo, apuntando con el pulgar a su acompañante.

El Dr. Saunders saludó con la cabeza.

—¿Se va a quedar mucho tiempo? —continuó el capitán.

—Espero al paquebote holandés.

—¿Norte o sur?

—Norte.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo dije. Saunders.

—He viajado demasiado por el océano Índico como para hacer preguntas —dijo el capitán, con su agradable risa—. No hagas preguntas y no te dirán mentiras. ¿Saunders? He conocido a muchos tipos que respondían a ese nombre, pero si en verdad era el suyo o no, nadie lo sabía más que

ellos mismos. ¿Qué hay de malo con el viejo Kim Ching? Buen camarada. Tenía ganas de charlar un poco con él.

—Sus ojos le fallaron. Tuvo una catarata.

El capitán Nichols se levantó y extendió la mano.

—Doctor Saunders. Sabía que lo conocía. Fu-chou. Estuve ahí hace siete años.

El doctor tomó la mano extendida. El capitán Nichols se giró hacia su amigo.

—Todo el mundo conoce al doctor Saunders. El mejor doctor en el Lejano Oriente. Ojos. Son su especialidad. Tuve un amigo, todo el mundo decía que se había quedado ciego, que nada podía evitarlo, fue a ver al doctor y en un mes podía ver tan bien como tú o yo. Los amarillos juran por él. El doctor Saunders. Bueno, ésta es una agradable sorpresa. Creí que no se alejaba nunca de Fu-chou.

—Bueno, esta vez sí.

—Para mí es una gran suerte. Usted es justo el hombre a quien quería ver. —El capitán Nichols se inclinó y sus astutos ojos se fijaron en el doctor con una intensidad en la que había algo de amenazante—. Padezco de una terrible dispepsia.

—¡Oh, Dios! —murmuró Fred Blake.

Era la primera vez que hablaba desde que se sentaron y el Dr. Saunders se giró a mirarlo. Estaba recostado en su silla, mordiendo las uñas, con una actitud que sugería aburrimiento y mal humor. Era un joven de alta estatura, delgado pero fuerte, con oscuro y rizado cabello castaño y grandes ojos azules. No parecía mayor de veinte. Vestido con camiseta y pantalones de mezclilla sucios, parecía un gamberro, un cachorro mugroso, pensó el doctor, y había una hosquedad en su expresión que era algo desagradable; pero tenía la nariz recta y una boca bien formada.

—Deja de morderte las uñas, Fred —dijo el capitán—. Es un hábito asqueroso, digo yo.

—Tú y tu dispepsia —replicó el joven, con una risa burlesca.

Cuando sonreía se veía que tenía unos dientes magníficos. Eran muy blancos, pequeños y con una forma perfecta; eran una gracia tan inesperada en ese sombrío rostro, su belleza era tan abrumadora, que era desconcertante. Su mohína sonrisa tenía una gran dulzura.

—Tú te ríes porque no sabes lo que es —dijo el capitán Nichols—. Para mí es un martirio. No puedes decir que no soy cuidadoso con lo que como. Lo he intentado todo. Nada funciona. Esta cerveza. ¿Crees que no me hará sufrir? Sabes tan bien como yo que sí.

—Venga. Cuéntale al doctor todo lo que te pasa —dijo Blake.

Era justo lo que el capitán Nichols quería hacer. Procedió a contar la historia de su enfermedad. Describió sus síntomas con una precisión científica. No hubo un solo detalle repulsivo que omitiera mencionar. Enumeró a los doctores a los que había consultado y los remedios que había probado. El Dr. Saunders escuchaba en silencio, con una expresión de interesada empatía en su rostro, y ocasionalmente asentía con la cabeza.

—Si hay alguien que puede hacer algo por mí es usted —dijo el capitán con gran seriedad—. No hace falta que me digan que es listo, lo puedo ver por mí mismo.

—No hago milagros. No puede esperar que alguien haga mucho en un instante por una condición crónica como la suya.

—No, no pido eso, pero puede recetarme algo, ¿o no? No hay nada que no probaría. Lo que quisiera es que me hiciera una revisión profunda, ¿comprende?

—¿Cuánto tiempo van a quedarse aquí?

—Nuestro tiempo nos pertenece.

—Pero partiremos tan pronto tengamos lo que queremos —dijo Blake.

Los dos intercambiaron una rápida mirada. El Dr. Saunders se dio cuenta. No sabía por qué pero tenía la impresión de que había algo extraño en ello.